

*Picón del Fraile*



## Picón del Fraile

### *Ángel de la guarda*

...  
cuando se nubló todo  
dónde estabas  
no me salvaste ni me salvarías  
ya nunca más  
la noche mansa comenzó a llover  
y me empapó de dudas  
dónde estabas  
para decir que no  
gritar que sí  
o mejor para  
abrir nuestro paraguas  
y callarnos

...

**Mario Benedetti**

*El pájaro de la pena vuela alto,  
hasta donde el ángel de la guarda  
vigila los lechos de la muerte.*

**Edith Södergran**

Los modelos meteorológicos dibujaban apertura de claros a partir del mediodía, y la previsión se ha cumplido puntualmente. Cuando en Bilbao se han empezado a ver los primeros petachos celestes, he cargado todo el material y una vez más, me he dirigido hacia Espinosa de los Monteros. Mientras voy conduciendo, repaso mentalmente el trazado que la escasa nieve marcaba hace tres semanas en la cara norte del Picón del Fraile.

El Picón del Fraile se hizo tristemente famoso hace unos años por la colocación de un EVA,

<http://es.geocities.com/picolobo2002/escuadrones.html>

<http://es.geocities.com/picolobo2002/atila.html>

<http://www.cantabrianuestra.org/otros/otros/fraile.htm>

a pesar de ser un lugar privilegiado (quizás por eso mismo se ubicó ahí) desde muchos puntos de vista,

<http://grupos.unican.es/acanto/aep/bolpas/PASBOTANICA.htm>

m.

Era un monte al que le tenía mucha manía por esto mismo, hasta que un día, mirando un mapa, vi que la pared norte presentaba algún corredor que prometía, y que en una visita posterior confirmé como factible en el momento que se cubriera de nieve e hiciera un poco de frío.

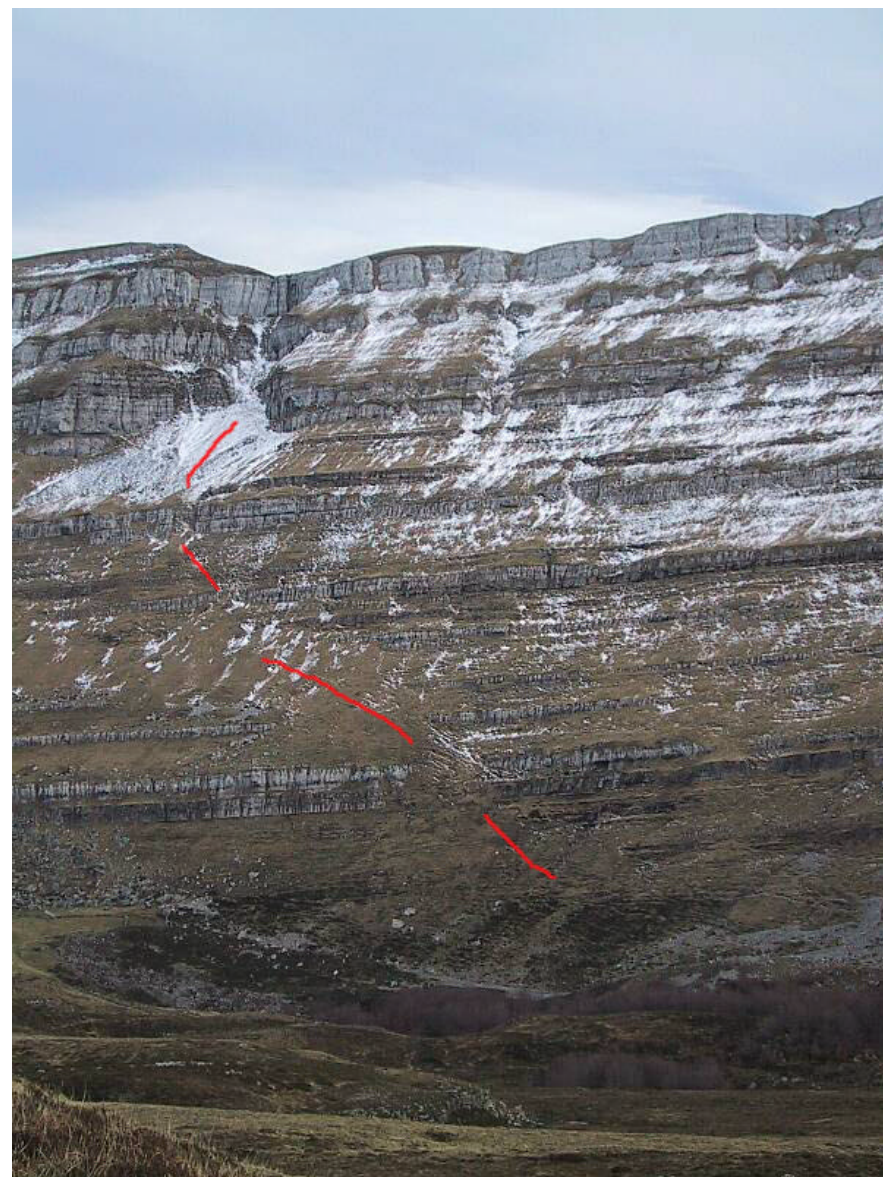
Así que ya tenía una alternativa atractiva (cara N-NW, nieve, frío, corredores, zona apartada y poco visitada, cabañas pasiegas, subida por una zona por la que los *milikos* no me echarían el alto, ...) a cualquiera de las "normales" por las caras S,E,W, pudiendo realizar la bajada por la carretera de acceso a la base.

Me sé la foto de memoria: dónde puedo encontrarme dificultades, cuáles son los pasos débiles, por dónde tengo vías de escape, etc. Confío en que los 9 días de frío y cielos despejados que han transcurrido desde el último nevadón, me faciliten superar las franjas rocosas que entallan la ladera. De todas formas, el mayor

interrogante sigue siendo la salida. Ni con los prismáticos, ni en las fotos, ni en el magnífico mapa de Cetyma queda muy clara. Se intuyen varias posibilidades, pero se quedan tan sólo en eso.

Al llegar al Portillo de Lunada los claros ganan a las nubes y las suaves pendientes nevadas son un jolgorio de grandes y pequeños que disfrutan de la nieve en esta fría tarde de domingo. Las bolas de nieve vuelan a mi alrededor pero mi mente ha volado al pasado, a un día de invierno en el que coincidí con Ricardo en el centro de esquí, que se encuentra un poco más abajo del sitio donde estoy aparcado en este momento. Aquel día, me acerqué con la familia a disfrutar de la nieve a partir de la tarde, cuando mejoró un poco el tiempo, como hoy. Él, con unos amigos, se iban para casa después de no haber podido hacer nada en todo el día por la persistente niebla y ventisca. Hace diecisiete meses su ángel de la guarda, que le sacó de muchos "marrones", se había tomado el día libre y Ricardo se quedó en el Picu. Éramos compañeros del mismo club de squash, pero coincidíamos en pocas ocasiones. Compartíamos aficiones, pero nuestros puntos de vista eran distintos. Hablamos en bastantes ocasiones de hacer alguna salida juntos (esquí de travesía, corredores, hielo, ...), pero jamás llegamos a realizar ninguna. ¿Habría cambiado algo? Y a pesar de todos los peros su pérdida la sigo sintiendo como el vacío que deja alguien de la manada, de tu manada. Vuelve e meterse el miedo en el cuerpo, ese mismo miedo que este verano recordando el accidente de Ricardo, me atenazaba la boca del estómago cada vez que me preparaba para meterme en el oleaje del mar, esos días que está enfadado. Ricardo no parecía temer a nada, ni a nadie; era tan vital, que apuró esa vida hasta el último suspiro sin desviarse un ápice de su camino.

Un bolazo de nieve, que estalla contra el cristal del coche, me trae al presente. No acabo de pillar la posición buena para cambiarme dentro del coche. En el coche viejo la ubicación del asiento y las posturas estaban más que engrasadas y salían sin pensar. El día del



accidente, en que nuestro cochecillo cogió billete hacia el desguace, nuestro ángel de la guarda no se había tomado el día libre y nos echó un generoso capote.

Ese día nos podíamos haber matado los tres, Ana, Idoia y yo. Era uno de esos viajes que sin un motivo medianamente razonable habíamos retrasado ya varias veces y que el día que por fin salimos no pintaba de buen fario. A la altura del hospital de Mendaro, a medio camino de Bilbao a San Sebastián, el coche hizo un extraño y perdí el control del mismo iniciando un trompo. Recuerdo perfectamente el ir conduciendo marcha atrás por la autopista y pensar que tenía que hacer otro trompo para enderezar el coche. Hacerlo y encontrarme enfilando el carril contrario de la autopista, dirigirme hacia la mediana en la que no existía la protección, preparándome para el bote o el reventón de las ruedas al cruzar la zanja que existe en estos sitios para que corra el agua. Pasar al lado contrario de la autopista y viendo que no venía nadie de frente, pensar que era el momento de frenar a fondo. Ver como se acercaba a toda velocidad un murete de ramas y vegetación que esperaba actuara de colchón para el impacto que iba a llegar, ya que el coche no llegaba a detenerse, y de repente una explosión y una humareda que llenaba el coche (descubrimos a posteriori que fue el airbag del conductor que saltó al impactar contra el talud rocoso). Mirada hacia Ana, que parece encontrarse entera, y rápidamente hacia atrás, donde se encuentra Idoia, con cara de susto, pero también de una pieza. Salimos del coche, todavía sorprendidos de que estemos vivos y con daños aparentemente menores.

Aquel día le di trabajo a nuestro ángel de la guarda y el tío se portó. El quitamiedos no existía desde un accidente que se había producido días antes. De frente no venía ningún vehículo con el que hubiéramos podido chocar, y lo más importante salimos prácticamente ilesos. Pero sin ningún género de dudas lo que todavía me sigue generando pasmo es que en lo que no debieron ser más de unos segundos y unos pocos metros de autopista, yo recuerde una película en la que el tiempo perdió su medida y se hizo maleable, alargándose para permitirme

pensar (o mejor dicho no pensar) y actuar con una claridad y precisión que me resulta inconcebible en condiciones normales (creo que no sería capaz de hacer un trompo ni en una pista de pruebas, con lo que mucho menos yendo marcha atrás para acabar cruzando entre el corto espacio en que el quitamiedos estaba machacado).

Acabo de vestirme, termino de preparar la mochila y cierro el coche tratando de que, junto con él, queden aparcados en un lado de la carretera estas intensas emociones que me embargan el ánimo. Los tímidos rayos del atardecer evaporan los últimos restos de nubes del pasado, dando calor al bullicio que me rodea. Me calzo las raquetas y empiezo a ganar metros en dirección al collado que me separa de la vertiente norte. Restos de un reciente alud cruzan el camino de subida. Abajo se oyen todavía los gritos de los críos; camino del collado ni tan siquiera una huella. Dos mundos: tan cerca, y tan lejos.

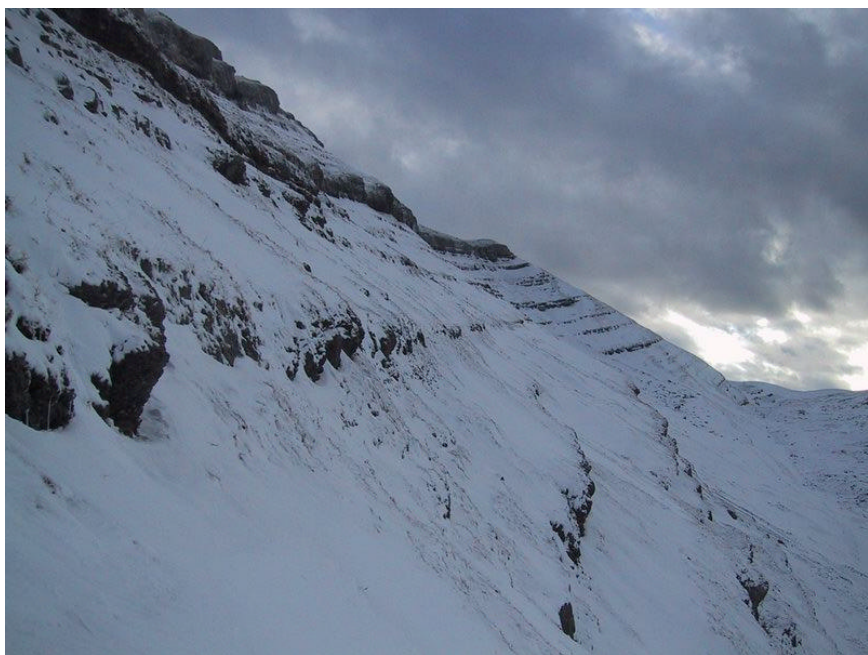
Desde el collado de Bustalveinte se ve cómo la carretera, colgada de las paredes, serpentea entre cordales y barrancales, en busca de las aguas del río Miera. Los farallones, que desde el Castro Valnera hasta el Portillo de Lunada, contemplan el mar Cantábrico, lucen espléndidos bajo la fría luz del atardecer. En la dirección opuesta, hacia el sol naciente se alarga la pared del Picón del Fraile. Con lo fácil que parece subir por la arista que parte del punto en que me encuentro y tengo que complicarme la vida yendo a buscar una subida por un lugar del que no he encontrado constancia que nadie lo haya intentado.

El viento ha modelado una generosa arista de nieve a todo lo largo del collado. De un salto la descendo yendo a caer en un suave colchón de varios centímetros de nieve polvo que amortigua el aterrizaje. Como un crío empiezo a correr cuesta abajo, gritando del puro placer de volar con las raquetas sobre el mullido colchón de nieve polvo.

Sin encaramarme a la pendiente de lo que podría considerarse como pared, intento ir lo más pegado a la misma. Me llaman la

atención unos objetos de colores que sobresalen de la nieve. Me acerco y parecen tuberías como las que utilizan los pasiegos para transportar agua desde los arroyos a sus cabañas. Pero aquí no hay ningún arroyo y las cabañas de Bustalveinte todavía están un poco lejos. Quito con el bastón la nieve que las recubre y descubro que son escombros de todo tipo que cubren toda esta zona y que como un reguero se extienden hacia arriba, hacia la base militar. Como dicen en Castilla estoy circulando por “las traseras”: son también calles, pero no tienen nombre.

Tomo el pasillo de nieve que, en travesía, me permite ir ganando metros hacia la base del embudo que define el corredor. Poco a poco la inclinación va aumentando, pero no me obliga a quitarme las



raquetas hasta llegar cerca del primer resalte. Ya con los crampones puestos supero a piolet tracción esta primera franja rocosa que se encuentra semicubierta de nieve. Ahora tengo que seguir en travesía con la misma dirección que traía, pero he perdido la perspectiva de donde está ubicado el paso más fácil. Lo que estaba clarísimo visto con los prismáticos desde la distancia, metido en faena, hay que adivinarlo. Sobre mí tengo una segunda franja rocosa con más metros y mayor inclinación que la que acabo de superar, a la que me voy acercando en diagonal. Cuando ya estoy prácticamente en su base y miro hacia arriba aparece una *canalilla* que rompe la continuidad del resalte. Sin dudarlo me dirijo a ella y la supero sin problemas desembocando en un plácido plateau.

Hacia arriba el embudo se va estrechando, hasta quedar cerrado por un paredón del que no se ve la salida. Si tuviera que venir a buscarme un helicóptero, en el caso de que no pudiera salir ni por arriba ni por abajo, éste es el lugar ideal para que aterrice.

A mis pies, las dos solitarias cabañas de Bustalveinte vigilan los cercados de piedra de los prados de verano y en la distancia se adivinan las luces de la civilización, de la que me separa una extensísima área nevada, totalmente deshabitada. Este cálido regazo de la montaña es como una gigantesca mano que se abre acogedora, invitándome a abandonarme, ... llego a intuir que en este abandono estoy rozando alguna de esas inasibles verdades, siempre esquivas. Han desaparecido los temores y las dudas, me siento inundado de una tranquilidad y plenitud de espíritu, que me permite aceptar el momento y mi lugar en el momento sin pensar en el devenir, en la seguridad de que lo que tenga que ser será.

De repente todo parece haber adquirido un brillo y una intensidad de la que no me había apercibido hasta este momento. Permanezco inmóvil, respirando lenta y suavemente, para no romper este encantamiento en el que me encuentro sumergido. Pero como no puedo quedar aquí toda la noche, con profunda pena doy la vuelta para seguir subiendo.



Camino sobre la dura nieve que me suministra un alud que ha barrido el corredor, encontrándome a mitad de camino una rana semicongelada, que me hace preguntarme cómo ha podido llegar hasta allí en medio de estos últimos fríos días invernales. Puede ser un buen nombre: *Corredor de la Rana*.

Continúo subiendo, aumentando la pendiente según me acerco al muro de roca con acanaladuras que cierra el corredor. La nieve aquí es escasa, ya que es donde se ha originado el alud, y deja entrever una base de lenes que no me inspira demasiada seguridad, pero cuando quiero darme cuenta ya estoy de narices contra las rocas recubiertas de un ectoplasma de chupetes colgantes helados, que suponen el fin del corredor. Giro hacia la derecha, acordándome de que era el lugar más probable para buscar la salida, pero no acaba de gustarme lo que veo, al volverme y mirar hacia el lado contrario descubro una "porra" en medio de un cortado en la pared, que claramente es la salida buena. Respiro aliviado, disfrutando del color encendido del cielo en la puesta de sol que da fin al día. Momento para tirar algunas fotos y salir al lado de la "porra" hacia la cima de Mota Primera (1574m).

Disfrutando del momento y con los ojos puestos en lo que, a esta hora intermedia entre el día y la noche, pareciera una base lunar más que militar, me dirijo hacia el Picón del Fraile. Al llegar a la carretera de acceso a la base el firme está totalmente helado y la noche cerrada. Me quito los crampones y me calzo las raquetas para bajar por las revueltas, desigualmente recubiertas de dura nieve, de la carretera que me lleva al coche.

Son las 8 de la noche y la luna escoltada por Júpiter contemplan el heladón que está cayendo. Había dicho en casa que me esperaran a comer a las 7. Habrá pitos, así que coche, carretera y manta.

Hubo *cachondeito* a cuenta del corredor "de la rana": que si había aparecido allí haciendo "el salto de la rana", que si era una rana voladora, que si era una *webcam* de la OTAN puesta allí para espiar a los que suben, ...

Cuando salí del "fregado", iba pensando camino del coche que tenía que bautizar el corredor, y lo primero que se me vino a la mente fue el nombre de Ricardo Sedano, el compañero y amigo de mi club de squash, que nos dejó un día en esa montaña emblemática que es el Naranjo de Bulnes. Pero la verdad es que a día de hoy, y aun pareciéndome que sería un estupendo homenaje hacia su persona, no me atrevo a utilizar su nombre sin el consentimiento de su familia y entorno. Mientras tanto y como creo que la rana-*webcam*-o-lo-que-sea no va a protestar ni se va a molestar, para mí queda de momento, como "Corredor de la rana".

